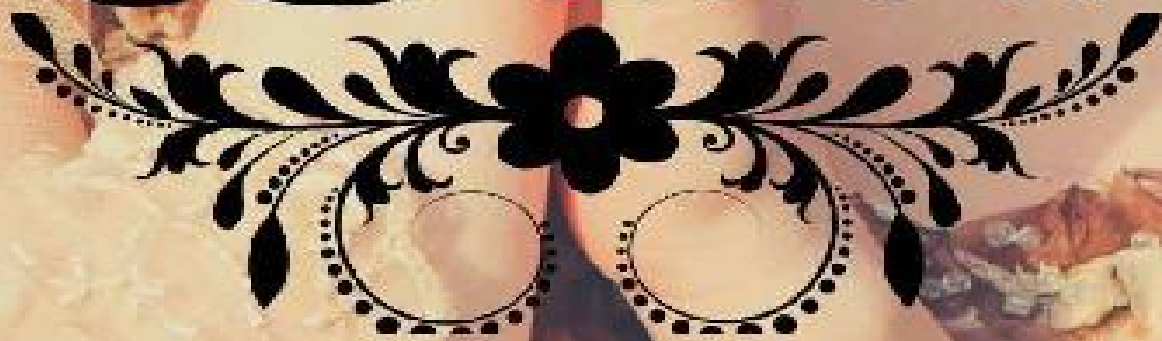


Una romántica novela epistolar

Correspondencia
Da una
Dama



BLANCA SANTORO

Correspondencia a una dama

Blanca Santoro

Correspondencia a una dama

Primera edición 25 de enero de 2020.

Todos los personajes de esta novela son ficticios, y por lo tanto son producto de la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con personas vivas o fallecidas o con acontecimientos es mera coincidencia.

Todos los derechos están reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede contribuir un delito contra la propiedad intelectual.

Copyright © 2020 by Blanca Santoro.

ALL RIGHTS RESERVED.

Siempre, para ti

Primera carta

Él, 6 de mayo de 1846.

«Ayer tuve el placer de verla de nuevo. Fue en la velada que organizaba la señora Britgherton. Usted estaba rodeada por un coro angelical, me imagino sus amigas, y sus hermanos hablaban de política con sir William y otros caballeros. Yo me quedé en un rincón de la sala, admirándola desde la distancia; como vengo haciendo desde hace unos meses. Meses en los que he sucumbido a sus encantos como el más necio de todos los hombres, pues nuestras miradas no han coincidido ni una sola vez. Es más, cada vez que usted se digna mirar en mi dirección, por algún motivo, yo ya no me encuentro en esa esquina o en esa mesa. Es como si presintiera mi devoción por usted, pero ésta no fuera lo suficientemente fuerte para arrastrar su atención hacia mi persona.

Si estas palabras la ofenden, le pido disculpas, y le ruego las tome como lo que son: una manera de aligerar el suplicio que me supone el haberme enamorado de usted».

Su más fiel servidor.

Segunda carta

Él, 12 de mayo de 1846.

«Dígame, ¿la carta que con tanto ardor me atreví a escribirle ha movido algo en su interior o sólo son imaginaciones mías? He de confesarle que ayer noche creí ver cómo usted trataba de encontrarme entre los asistentes al baile de la señora Collins. Si es así, lamento desilusionarla, no estaba en esa esquina ni en ninguna otra. Ayer me permití una licencia mientras bailaba con la señorita... y me imaginé que era usted. Que era usted quien me sonreía y aceptaba mis cumplidos, quien, después de devolverla junto a su madre, me seguía con la mirada. Y si no es sí, le ruego me permita seguir creyendo que, de alguna manera, mis palabras han logrado traspasar las barreras que le impiden a su corazón reconocerme como su enamorado».

Su más fiel servidor.

Tercera carta

Él, 02 de junio de 1846.

«No la he visto en la velada que organizó la semana pasada lady Goodrich y tampoco en el baile de los Barrows; dos acontecimientos a los que usted acostumbra asistir y, en contra de la sensatez que me grita desista de estas misivas, esto me lleva a escribirle esta carta.

Dígame, por favor, que fue mi propio desespero por verla quien me jugó una mala pasada y que disfrutó de la compañía de sus amistades. Que sólo está jugando conmigo y que no tuvo a bien de hacerse notar. Se lo pido, sea benévola conmigo y déjeme admirarla en el baile que esta semana dará nuestra querida amiga...

Se lo suplico, aleje de mí las nubes que han empezado a sobrevolar mi corazón. Disuélvalas con su presencia y hágame saber con una sonrisa, que yo sabré interpretar, que no le ha pasado ningún desafortunado percance».

Su más fiel servidor.

Cuarta carta

Él, 3 de junio de 1846.

«Ha pasado un mes desde la última carta que le escribí y no sé nada de usted; es más, sé con certeza que no ha vuelto a asistir a ningún evento social. ¿He de preocuparme? ¿Hasta qué extremo he de sufrir por usted? Querida, permítame que la llame así, ir más allá de las normas de cortesía y dirigirme a usted como lo hago en sueños, donde puedo expresarle la profunda admiración y el afecto que siento por usted. ¿He de entender con su repentina ausencia a los bailes, que algo le ha pasado? Si es así, tenga la bondad de escribirme cuatro letras para calmar a este atormentado corazón. Compadézcase de mí y redacte aunque sea una línea para hacerme saber que se encuentra bien. Con una palabra me bastará. Sólo tiene que entregar la carta a su doncella y ella, a su vez, al mensajero que espera fuera de su casa una respuesta».

Su eterno enamorado.

Quinta carta

Él, 26 de junio de 1846.

«Querida, ángel que ha venido a la tierra con el solo propósito de atormentarme, no puedo vivir con esta angustia. Mi desesperación llega a tal extremo que la otra noche estuve a punto de presentarme en su casa, para interesarme por su salud. Por favor, respóndame, no permita que sufra otra noche sin saber por qué ha abandonado toda actividad social».

Su eterno enamorado.

Sexta carta

Ella, 30 de junio de 1846.

«Muy señor mío, desconozco el motivo de su alteración por mi salud. En sus cartas, dice sentir un profundo afecto hacia mi persona, aun cuando reconoce que nuestras miradas nunca han coincidido. ¿Tan indiferente me resulta su persona para que nunca lo haya mirado? Y de ser así, ¿lo es sólo para mí o también para el resto del mundo? Sea como fuera, le pido interrumpa estas misivas. Lamento el tormento en el que dice estar, pero le aseguro que, siendo yo insensible a su presencia, como ha demostrado usted en sus cartas, no puedo ser la culpable de dichos males».

Una amiga que le desea lo mejor.

Séptima carta

Él, 2 de julio de 1846.

«No sé si bendecirla por estas cuatro líneas o romper la carta que con tanto ardor deseaba leer. En su misiva me pregunta si soy un ser tan anodino que paso por la vida sin que alma alguna se fije en mí. Bien, eso tendrá que preguntárselo a las damas, con quien he tenido el placer de bailar en los eventos que usted ha dejado de asistir. Estoy seguro de que ellas le darán una respuesta, aunque no apostaría un solo penique a lo que pudiera oír de sus labios. Es sabido que ciertas damas suelen ver terribles defectos en aquellos caballeros que no siguen estrictamente las normas que la alta sociedad ha establecido como tales».

Un amigo.

Octava carta

Ella, 7 de julio de 1846.

« ¿Ahora, querido desconocido, se declara un libertino? Si es así, he hecho un repaso de todos los caballeros que, según ciertas damas de la sociedad, como usted tuvo la amabilidad de recordarme, aseguran lo son. Y me pregunto si ellas no tendrán razón y usted solo es un hombre en busca de una buena dote. Si es así, permítame recordarle que aquí no encontrará ningún cofre repleto de monedas de oro. Tendrá que seguir a otro arco iris. Espero que esta vez, si lo encuentra, no le haga sufrir tanto como una servidora lo ha hecho».

Una dama que sigue las normas de la alta sociedad.

Novena carta

Él, 12 de julio de 1846.

«Me encanta su ironía; desconocía esa faceta de usted».

Que Dios la bendiga.

Decima carta

Ella, 15 de julio de 1846.

« ¡Y yo que usted fuera capaz de escribir sólo nueve palabras! Todo un descubrimiento, si tenemos en cuenta sus otras cartas. Dígame, ¿tan fácil ha sido desenmascarar su sufrimiento? ¿Esta vez no hay tormentos ni ángeles condenatorios? Me desilusiona, para ser un libertino hace falta algo más de arrojo, quizá hasta de atrevimiento y desfachatez; y usted carece de tales talentos. O, tal vez, dígame, ¿ha encontrado otra viuda a la que dedicar sus tormentos? Si es así, podría decirme quién es para susurrarle algunos consejos que, visto los logros actuales de sus hazañas, le irían muy bien. Espero no haberle causado ningún otro tormento con mi ironía y, si al final decide revelarme el nombre de su siguiente víctima, no tema defraudarme ni perder mi amistad, pues nunca tuvo ese poder sobre mí».

Que Dios lo bendiga también a usted.

Undécima carta .

Él, 16 de julio de 1846.

«Querida dama, quedo a sus pies en cuanto a ironía; debo decir que a su lado solo soy un pobre hombre enamorado tratando de liberarse de su opresor. En cuanto a mi faceta de libertino, no tema, no voy detrás de ninguna damisela, no como usted presupone».

Que Dios también la bendiga a usted.

Duodécima carta

Ella, 17 de julio de 1486.

« ¡Ah, qué delicia, ha vuelto! Así se hace, no desista ante el primer obstáculo. Aunque, si me permite el atrevimiento, pensaba iba a confesarme el nombre de su siguiente víctima».

Que Dios nos bendiga a los dos.

Decimotercera carta

Él, 19 de julio de 1846.

« ¿Quiere una confesión? De acuerdo, la tendrá.

Soy un hombre enamorado. Eso es todo. No espero de usted ningún otro beneficio que otros hombres en mí mismo trance no hayan deseado. ¿Le parece poco? ¿Le parece mucho? ¿Es suficiente o desea algo más de mí? Y si es así, le ruego tenga a bien decírmelo, para poder satisfacerla».

Decimocuarta carta

Ella, 20 de julio de 1846.

«Ah, querido amigo, que rápido y fácil es hacerle enfadar...»

Decimoquinta carta

Él, 20 de julio de 1846, primeras horas de la tarde.

«Ah, querida amiga, que rápido y fácil es uno juzgado y condenado».

Decimosexta carta

Ella, 20 de julio de 1846, unas horas después.

«Debo decir que aquí nos ha faltado un Dios bendiga a alguien».

Decimoséptima carta

Él, 20 de julio de 1846, una hora después.

«Querida amiga, que Dios la bendiga».

Decimoctava carta

Él, 28 de septiembre de 1846.

«He visto que últimamente se deja ver por algunos eventos sociales. Me gustaría creer que es debido a mi silencio, que por fin he logrado despertar su curiosidad por mi persona. Sin embargo, ya no me dejo engañar con tanta facilidad por mi corazón y asumo que, fuera el motivo que fuera el que la mantuvo apartada de la sociedad, no tenía nada que ver conmigo ni con su salud. Me alegro de que haya decidido honrarnos de nuevo con su presencia».

Que Dios la bendiga.

Decimonovena carta

Ella, 30 de septiembre de 1846.

«Que Dios lo bendiga también a usted. Y, ya puestos, que bendiga a toda la sociedad a la que he vuelto a honrar con mi presencia».

Vigésima carta

Él, 2 de octubre de 1846.

« ¿Eso es ironía? Sí, lo es; la dama a la que iba dirigida mi última carta es una maestra en tales menesteres. Sólo que esta vez me ha parecido detectar cierta mordacidad. ¿Es eso posible?».

Su fiel servidor.

Vigésima primera carta

Ella, 5 de octubre de 1846.

«Muy señor mío, debo retractarme de cuanto he dicho contra su persona. Asumo que me equivoqué al afirmar que le faltaba atrevimiento y desfachatez. Es más, le suplico conteste con la mayor sinceridad posible si le he ofendido en el pasado o si esto es solo una broma de mal gusto. Porque de ser así, le ruego ponga fin a este tormento».

Que Dios siga bendiciendo a toda la sociedad a la que honro con mi presencia.

Vigésima segunda carta

Él, 7 de octubre de 1846.

«Ahora soy yo el que no entiende a qué tormento se refiere. Y mucho menos por qué me ha devuelto el atrevimiento y la desfachatez; si antes carecía por completo de ellos. Le ruego tenga a bien darme una explicación sin incurrir en la ironía, de la que ha demostrado ser una excelente maestra, para que yo pueda saber de qué se me acusa.»

Su fiel servidor.

Vigésima tercera carta

Ella, 9 de octubre de 1846.

«Ah, y sigue... pero no importa, créame, si esta es la única manera que tengo de...»

Vigésima cuarta carta

Él, 12 de octubre de 1846.

«Querida amiga, me quito el sombrero ante usted; no sé qué pretende ni espera conseguir de mí con sus puntos suspensivos, pero aquí me tiene, otra vez postrado a sus pies. Dígame, y suscribo sus mismas palabras: le suplico conteste con la mayor sinceridad posible si le he ofendido en el pasado o si esto es solo una broma de mal gusto. Porque de ser así, le ruego ponga fin a este tormento».

Su fiel servidor.

Vigésima quinta carta

Ella, 13 de octubre de 1846.

« ¿Su fiel servidor? ¿Ya no bendice a nadie? ¿Dónde han quedado sus bendiciones o a quién se las regala ahora? ».

Vigésima sexta carta

Él, 15 de octubre de 1846.

«No me martirice más; no haga que mi corazón lata de esta forma al creer detectar en su carta un atisbo de posesión hacia mi persona. Dice que ya no la bendigo y se equivoca, cada día lo hago».

Que Dios la bendiga, querida amiga.

Vigésima séptima carta

Ella, 21 de octubre de 1846.

«Querido amigo, he recuperado la cordura, o eso deseo creer. Gracias por sus bendiciones. Que Dios también lo bendiga a usted».

Una querida amiga.

Vigésima octava carta

Él, 28 de octubre de 1846.

« ¡Vuelva a la ironía, se lo suplico! No la abandone, no ahora, cuando sé que se escuda tras ella para ocultar sus verdaderos sentimientos. Dígame, ¿qué es eso tan terrible que no puede escribirme? ¿Qué peligro represento yo para usted? ».

Que Dios siga bendiciéndola.

Vigésima novena carta

Él, 26 de octubre de 1846.

«Silencio. Hace tres días espero su respuesta y esta no llega. ¿Cuánto más he de esperar? Se lo ruego, deje de atormentarme. Si no ha de volver a escribirme, hágalo solo una vez más para despedirse de mí. Demuéstreme su compasión y despedámonos como dos buenos amigos».

Sigo rogando a Dios que la bendiga.

Trigésima carta

Él, 14 de noviembre de 1846.

«Ayer noche tuve el placer de verla en el baile de lady..., y estuve tentado de solicitarle un baile. Una parte de mí quería desenmascararse ante usted y ver su reacción. Pero su silencio me contuvo. Créame, si quería deshacerse de mí, está a punto de lograrlo. Es más, esta carta será la última que le escriba. Amiga, todo cuanto le he dicho es verdad: sólo soy un hombre enamorado, un hombre que bendice cada paso que usted da, cada sonrisa que adorna sus labios y que sueña con poseer una mirada suya...

No hace mucho usted me devolvió el atrevimiento y la desfachatez y ahora me toca a mí volver a dejarlos en sus manos. Créame, nunca los necesité para dirigirme a usted, me bastaba el latido de mi corazón. Pero hasta esto usted es capaz de silenciar. Esta vez no voy a bendecirla, para ello tiene a toda la alta sociedad tras la cual se escuda. En cambio, sólo le pido una cosa, una mirada, solo eso».

Trigésima primera carta

Ella, 15 de noviembre de 1846.

«Una mirada... solo eso... y ¿a quién se supone tengo que mirar? ¿O hacia dónde y a qué hora?»

Trigésima segunda carta

Él, 16 de noviembre de 1846.

«No voy a decirle cuánto extrañaba su ironía, no cuando sólo nos queda concretar nuestro adiós. Y puesto que usted es la dueña del silencio, a usted le corresponde tomar todas las decisiones que crea oportunas para asegurar su integridad».

Trigésima tercera carta

Ella, 17 de noviembre de 1846.

«Querido amigo, estoy segura de que usted no ha extrañado tanto mi ironía como yo extrañaré sus cartas. Sí, he de confesarle que me he aficionado a ellas y que no pasa un solo día sin que espere ansiosa recibir una nueva misiva suya. Sin embargo, estoy de acuerdo con que este tormento tiene que llegar a su fin. Por su bien y por el mío. ¿Qué le parece si a medianoche, en el baile de nuestra querida amiga la condesa... usted me pide un baile? Seamos civilizados y hagamos una despedida cortes de una relación inexistente».

Trigésima cuarta carta

Él, 17 de noviembre de 1846; horas después.

«Querida amiga, acepto su propuesta».

Trigésima quinta carta

Ella, 18 de noviembre de 1846.

«Y ¿ya está? ¿Ni un hasta luego? Ay, querido amigo, que rápido se pierden las formas».

Trigésima sexta carta

Él, 20 de noviembre de 1846.

«Se lo digo de corazón, no sabe hasta qué punto extrañaré su ironía».

Trigésima séptima carta

Ella, 21 de noviembre de 1846.

«Entonces, permítame regalarle unas cuantas en el baile».

Trigésima octava carta

Él, 21 de noviembre de 1846, por la tarde.

«Estaré encantado de recibirlas».

Trigésimo novena carta

Ella, 22 de noviembre de 1846.

«Y yo de dedicárselas. Tengo un baúl lleno de ellas».

Cuadragésima carta

Él, 23 de noviembre de 1846.

«Créame, con una o dos me bastarán para recordarla con afecto. Pero si decide traer con usted tres o cuatro, le ruego las guarde en su corazón. No las exponga a mis oídos. Permítame olvidarla y no recordarla cómo lo que es: mi mayor tormento y anhelo».

Cuadragésima primera carta

Ella, 24 de noviembre de 1846.

«Querido amigo, me aseguraré de cerrar bien el baúl antes de salir de casa. Es más, le prometo que sólo traeré conmigo las necesarias para que este encuentro sea lo más cómodo posible para ambos. Pero debo advertirle que mis ironías tienen vida propia y les encanta exhibirse».

Cuadragésima segunda carta

Él, 25 de noviembre de 1846.

«Se lo suplico, no juegue conmigo. Déjeme marchar en paz».

Cuadragésima tercera carta

Ella, 25 de noviembre de 1846, por la tarde.

«Haré todo lo que esté en mi mano y en mi lengua para que así sea».

Cuadragésima cuarta carta

Él, 26 de noviembre de 1846.

«Que Dios la bendiga».

Cuadragésima quinta carta

Ella, 26 de noviembre de 1846, más tarde.

«Y a usted, y a toda la sociedad a la que honro con mi presencia».

Baile en el salón de la condesa...

Cuadragésima sexta carta

Ella, 2 de diciembre de 1846.

«Querido amigo, no pensaba, no sabía, cómo iba a saberlo...»

Cuadragésima séptima carta

Ella, 4 de diciembre de 1846.

«Ay, querido amigo, todavía no puedo creer que fuera usted. ¿Cómo podía adivinar que el futuro vizconde de... iba a fijarse en mí en vez de admirar a las jóvenes casaderas?».

Cuadragésima octava carta

Él, 5 de diciembre de 1846.

«Ni yo puedo creer que usted olvidara traer consigo a sus ironías».

Cuadragésima novena carta

Ella, 6 de diciembre de 1846.

«Dígame, ¿hemos intercambiado los papeles y ahora usted es el irónico? Supongo que me lo merezco, pero sea benévolo conmigo y devuélvame mis ironías, no permita que también sufra por ellas».

Quincuagésima carta

Él, 7 de diciembre de 1846.

«Querida amiga, sino recuerdo mal, el baile fue nuestra despedida y yo no debería de escribirle ninguna otra carta. ¿Nos decimos un adiós formal?».

Quincuagésima primera carta

Ella, 8 de diciembre de 1846.

«Ah, le devuelvo el atrevimiento y la desfachatez; es más, nunca debí aceptarlas cuando usted me las entregó; son suyas, le pertenecen, así como el título de libertino. Sí, ahora sé que ciertas damas de la alta sociedad nunca se equivocan. Cójalas y no vuelva a escribirme».

Que Dios lo bendiga.

Quincuagésima segunda carta

Él, 9 de diciembre de 1846.

«Querida amiga, no entiendo a qué vienen sus palabras. ¿Puedo preguntarle antes de despedirme de usted, por qué me concede el título de libertino? ¿Es que acaso la he ofendido en algo?».

Que Dios también la bendiga a usted.

Quincuagésima tercera carta

Ella, 10 de diciembre de 1846.

« ¿Qué si me ha ofendido? Sepa que nunca nadie me ha ofendido tanto como usted. No sólo se ha dignado enturbiar mi vida con sus cartas sino que, en el baile, su corazón, sí, ese mismo que tanto quiere silenciar, se tomó la licencia de hacer prisionero el mío y ahora pretende llevárselo con usted para siempre. Sí, le acuso con todos los alegatos de la ley. Es más, le exijo me dé la oportunidad de recuperar lo que es mío».

Que Dios nos bendiga a los dos.

Quincuagésima cuarta carta

Él, 12 de diciembre de 1846.

«Mi dulce tormento, solo ha de decir la hora y el lugar y mi corazón y yo estaremos ahí».

Que Dios nos bendiga a los dos y a la alta sociedad a la que honraremos con nuestra presencia.

Quincuagésima quinta carta

Ella, 12 de diciembre de 1846; a vuelta de contestación.

«Ay, querido amigo, mis ironías y yo le estaremos esperando...».

Un mes después...

Quincuagésima sexta carta

Ella, 12 de enero de 1846.

«Querido amigo, ¿De verdad pretendía enseñarme la biblioteca de nuestra querida amiga... o sólo deseaba pasar un rato a solas con mis ironías? He de confesarle que me encantó la visita a tan ilustre sala, es más, de buen gusto me hubiera sentado en uno de los sofás que había cerca de la chimenea, con uno de los de maravillosos ejemplares que cubrían las estanterías. Sin embargo, lo que no podía prever era que terminamos escondidos detrás de las pesadas cortinas, para no ser descubiertos por sir William y otros caballeros.

Dígame, ¿no siente algún remordimiento por mi reputación? ¿Le complace hacerme padecer tales riesgos? ¿Se divierte usted viéndome en tales circunstancias?»

Una querida amiga.

Quincuagésima séptima carta

Él, 14 de enero de 1846.

«Querida y amada amiga, la respuesta a todas sus preguntas es sí. Me complace verla padecer a mi lado, sentir su acelerada respiración e intuir su desespero por salir airosa de la situación. Pero lo que más me divierte, es saber que en el fondo usted no teme al escándalo social. Usted es mucho más valiente que eso y, al haber bailado dos veces en un mismo baile y ver las atenciones que le dedico, ya somos parte de la comidilla de la alta sociedad. Lo que me deleita es observar cómo usted intenta parecer una mujer fría, distante, cuando en realidad se derrite porque le robe otro beso».

Su más fiel servidor.

Quincuagésima octava carta

Ella, 15 de enero de 1847.

«Ah, señor mío, ¿de verdad cree que mi frialdad es solo una fachada? ¿Tan seguro y ufano está de usted mismo? ¿No será más bien que es usted quien desea creer en tales palabras, antes de aceptar que ya he recobrado la señoría y el poder sobre mi corazón?».

Una estimada amiga que le desea lo mejor.

Quincuagésima novena carta

Él, 16 de enero de 1847.

«Querida y amada mía, ¿acaso es delito soñar? ¿Acaso no tengo derecho a decir cuánto creo sentir? ¿Acaso usted no se estremeció en mis brazos el día en que la besé y después apoyó la cabeza en mi pecho? ¿No fue usted quien suspiró cuando nuestros labios volvieron a encontrarse? Sí, querida mía, estoy ufano de haber conquistado su corazón. Es más, le aseguro que no pienso devolvérselo».

Un amigo que la ama y desea.

Sexagésima carta

Ella, 17 de enero de 1847.

«Querido amigo, ¿de verdad cree que me ha robado el corazón? Bien, ¿qué le parece si para constatar dichas palabras nos vemos en el baile de la condesa... y vuelve a besarme? Si después apoyo la cabeza en su hombro, será una clara muestra de que usted tiene razón, pero si no es así entonces le devolveré con sumo placer lo suyo».

Una amiga que le desea lo mejor.

Sexagésima primera carta

Él, 16 de enero de 1847.

«Querida, estaré encantado de robarle otro beso y los que hagan falta para hacerla entrar en razón. Es más, si después usted apoya la cabeza en mi hombro la comprometeré de tal manera que no podrá hacer otra cosa que unir su vida a la mía».

Un amigo que aspira a ser algo más.

Sexagésima segunda carta

Ella, 17 de enero de 1847.

«Acepto el reto, muy señor mío. Y, puestos en tales lances, me parece justo advertirle de lo que pasará si usted logra que yo apoye la cabeza en su hombro: seré yo quien le comprometa de tal manera que usted no tendrá otro remedio que entregarme su mano».

Una amiga que lo aprecia más allá de las formas y de las ironías.

Resta decir que los dos se comprometieron de tal manera, que la sociedad no tuvo otro remedio que asistir a la boda del año.